

Francisco Moyano

Cuando, aún no más que ayer, su cuerpo todavía presente, el órgano de la Schola Cantorum de Puente Genil interpretó los acordes suaves y cálidos de la Diana en el momento de la consagración, su alma se metió en la mía, y, creí percibir, la mía se metió en su alma. En su alma, se entraba a través de sus ojos, dominados por las imponentes cejas. En la arquitectura de su alma, del alma andaluza de Francisco Moyano, se encontraba la blancura de su pueblo y la frescura de su río y de su huerta. Si uno proseguía, y había que proseguir, hallaba en primer término a su mujer, Ana María Carmona, tan presente en su vida que parecieron más una unidad que una pareja, y a su familia, tan entrañable para mí, y a la que un día me uní. En alguna vereda de su alma tropezaba uno con Fernando Villalón y con Manolete, y allá al fondo, con Fosforito y con Juan Hierro. Y en un claro de aquel bosque, contemplamos a Matías Prats recitando el Evangelio según San Mateo entre saetas y cuarteleras, mientras el Imperio Romano desfila junto al Terrible.

Y luego nos topamos con la alegría. Dije una vez de él, y no me importa repetirlo, que entre el Francisco ingeniero, el Francisco flamenco, el Francisco poeta o el Francisco patriarca, yo me quedo con el de la copla: "Francisco alegre...corazón mío". Porque Francisco Moyano era la alegría de vivir. Por eso era tan popular, porque la alegría es contagiosa, y todo el mundo se le acercaba para participar de ella.

En sus últimas semanas, cuando ya la enfermedad inundaba su cuerpo y le abatía el ánimo, aún sonreía si tú llegabas. Junto a él, la vieja cuaresmera de papel que un día le dibujó su hija Ana María, con sus siete patas que tantas veces arrancó. Y al mirarte, seas quien fueres, con gran esfuerzo conseguía musitar una frase, siempre la misma: "Te quiero", te decía. Y así era, porque en su alegría de vivir solo hubo lugar para querer. Y siempre quiso. Y quiso mucho. Y ese caudal de cariño que tuvo para todos, lo recuperó con creces. Y también recibió mucho afecto, en todo tiempo y en todo lugar.

En las playas de Huelva, donde el Guadiana las une con las del Algarve, las gaviotas se deslizan contra el Poniente en vuelo rasante en los atardeceres dorados y sobre la espuma del mar. Allá en la playa de La Antilla, en un poyete junto al que hubo un hermoso sauce, Francisco plantó una gaviota de metal, blanca y azulada, para que diese la hora sin campanada. Fue su primer reloj de sol. Como sabéis, los relojes de sol están dominados por una batuta sigilosa que parte del centro y se encamina hacia el cielo, y que se llama el "estilo". Estoy seguro, de que la afición de Francisco por los relojes de sol viene de su estilo, que es una palabra y un concepto que él amaba. Hay otro reloj de sol suyo en la orilla del Genil, con forma de estandarte romano y la leyenda "Erat quasi hora nona" y que avisaba a los romanos de su pueblo sobre las puestas del sol.

Se nos fue con los Idus de Marzo, como César, y así como éste dejó a Roma enlutada y huérfana, su marcha nos deja un sabor amargo en el paladar del alma y un olor a cera y bengala en la atmósfera que nos circunda. Como nació en los albores de Abril, se marchó con la precisión del ciclo completo, ni más ni menos que como fue su vida, lo más cercano a la plenitud existencial que se me ha dado en conocer.

La vida, la existencia toda de Francisco Moyano, lleva inevitablemente a Roma. Durante años planeó un viaje a Rávena, que fue la tumba del Imperio, para aprender en aquella fuente cómo empezar de nuevo el camino de la civilización. Además, supo, como solo en Roma supieron saber, que Ética y Estética caminan de la mano, y no puede la una vivir sin la otra. Y eso fue Roma. Y eso fueron Séneca, y Trajano, y César también.

Si no hubiese existido el Imperio Romano de Puente Genil, Francisco Moyano lo habría inventado y lo habría cantado. No hizo falta; los pajizos y los coloraos se anticiparon. Pero Francisco, a lo largo de los años, le transmitió su impronta. En el frontispicio del cuartel, atravesado el pórtico de columnas romanas, lo primero que encontramos es un azulejo con la misma leyenda que se halla en el salón de su casa: "Timor Domini, Initium Sapientiae". Es decir, la Roma cristiana en estado puro presidiendo la casa. Su traje bordado de la escuadra azul, llora hoy ¡yo lo he visto! su ausencia.

Acabo de abrir, a los tres días de su muerte, una amenísima "Historia de Roma" de Indro Montanelli que él me regaló, como me regaló tantas cosas, y encuentro en el interior un recorte de un periódico fechado con su letra inconfundible. Es un homenaje a un bárbaro a quien Roma fascinó y convirtió, Flavio Estilicón, y que representa el sentido del honor y la fidelidad a la palabra empeñada, y ello en los momentos del Imperio agonizante.

Me acerco a otro libro que también me obsequió, nada menos que las "Poesías" de Manuel Machado, y me encuentro, manuscrito con su letra noble, el siguiente epígrafe: "¡Gózalo! Juan". Y me señala las páginas en que aparecen el conocido poema "Puente Genil" (De celeste y blanco, viste el pueblecillo...), y el bellissimo Canto a Andalucía, que todos nos aprendimos de tanto que lo repetía. No me resisto a escribirlo para que él lo lea, una vez más:

"Cádiz, salada claridad.

Granada, agua oculta que llora.

Romana y mora, Córdoba callada.

Málaga, cantaora.

Almería, dorada.

Plateado, Jaén.

Huelva, la orilla de las tres carabelas,

Y Sevilla.

Murió mi amigo, murió el amigo de todos, el mejor de nosotros. Ley de vida. Y vida de ley.

Hoy está junto a sus estrellas. Junto a Cástor y Pólux, junto a Casiopea y a la constelación de Sagitario. Cerca de esas estrellas de la noche de primavera que nos mostraba en su plenitud desde un mirador rodeado de frutales y espigas, de olivar y de horizontes sinuosos, en tierras de Ecija. Desde su nuevo mirador contempla la carreta de las Cortes de la Muerte, que trazó Cervantes en su Quijote, y él recogió con tanta gracia en su Pregón mananero.

Dicen que subir a las sierras y caminar sus caminos sin más ruta que seguir a la Polar es ejercicio sano para el espíritu y para el cuerpo. Si en ese ejercicio os ejercitáis por los escarpados montes de España, estad atentos porque os lo encontraréis allí. Bien en la sierra de Alfabia, en Mallorca, o junto a la Bola del Mundo, en el Puerto de Navacerrada que domina las dos Castillas, o en la alicantina sierra de Aitana, o bien en Valencina, o en Izaña, junto al Teide, las ondas electromagnéticas que por allí circulan en todas direcciones, surgen de unas antenas que él diseñó, situadas sobre gigantescos armazones metálicos construidos junto a la Cuesta del Molino, en una fábrica que él edificó allí, hace muchos años, para tener la oportunidad de ir frecuentemente a su pueblo.

Se nos marchó en la mañana del domingo de Pan y Peces, cercana ya la Semana Santa y mientras en su pueblo se celebraba la función de la Humildad. Para recordar a Francisco Moyano y su pasión por su Semana Santa, nada mejor que hacerlo junto a Miguel Romero, abriendo su libro, "El Libro de Miguel Romero" que Francisco reeditó en 1972, y en cuyo preámbulo, que dirige "Al lector", destaca esta hermosa estrofa del poeta que eligió por su sentimiento:

"...y nuestros limpios hogares

huelen a Semana Santa,

cuando...

las brisas son templadas

los celajes transparentes

risueñas las alboradas

los días resplandecientes

y las noches perfumadas."

Cuando, en la mañana del Viernes Santo escuchéis el Sermón del Paso, o cuando la luz de la luna llena os anuncie que se acerca la Soledad, o bien cuando en el paseito de la Victoria en tarde de Jueves Santo veáis al abanderado de los romanos portar la bandera roja con el crespón negro, tened un recuerdo, alegre eso sí, para Francisco Moyano. No lo dudéis, él os está recordando también.

Juan González Solano

Madrid. Semana de Pasión del 2003